

CAUSAS Y EFECTOS.

(Á UN POETA IDEALISTA.)

Tu mujer en misterio se halla envuelta;
 llamas á su basquiña, aun siendo gualda,
velo arcano, si es verde, «de esmeralda»,
 y usa tu dama siempre trenza suelta.

Si te subyuga la pasión resuelta,
 besas á la heroína, aún por la espalda
 y en disculpa le arrojas en la falda
 flores, luceros y poesía revuelta.

Há diez años ¿gastabas aspavientos
 cuando de seductor ágil corrías
 detrás de fregatrices? Ah, los vientos
 varían sin cesar, cual tú varías!
 Esas causas y efectos analizo,
 y deduzco: eras sano, ahora enfermizo.



AMOR EN EL OCASO.



I.

(1874.)

Sueño con encontrar el dulce abrigo
de una casita en loma sonriente,
para vivir allí, aisladamente,
con Dios, con mis recuerdos y contigo.

Este nido, mi bien, será testigo
mudo, de nuestro amor grandilocuente,
tú rigiendo la casa, y diligente
yo trabajando sobre libro amigo.

Así sobrevendrá la última hora
de nuestro afecto, á todos escondido,
y el ocaso, más bello que la aurora.

Tú la blanca cabeza vacilante
en el pecho echarás de tu marido,
y yo palparé como un amante,

II.

Y arrebatado en pos de mi ventura
te finge el pensamiento viejecilla,
todo el pelo sujeto en una horquilla
y el llavero colgando en la cintura.

Alzo la vista ya de mi lectura;
cien caricias te hago, y tú, loquilla,
de mis brazos, ligera cual ardilla,
escapas so pretexto de premura.

A la tarde en paseo, con gran tino
mi muleta galante, irá quitando
á tu paso, las piedras del camino.

Y vendrá por la noche, el achacoso
viejo cura á cenar, de vez en cuando,
y tú estarás contenta, y yo ¡celoso!



AL GENERAL

PERRONE DE SAN MARTINO

MUERTO EN LA BATALLA DE NOVARA.



EN LA INAUGURACION DE UN BUSTO

ERIGIDO Á SU MEMORIA.

I.

Con la sarda divisa está altanero:
levanta la cerviz gloriosa y cara,
lo mismo que en los campos de Novara
la frente presentó al plomo extranjero.

Sucumbiste cual ínclito guerrero,
mas Dios no consintió que se plegara
nuestra bandera, y quiso que cesara
vergüenza y deshonor, ultraje fiero.

Vencimos: el pendon Italia toma
que muerto te envolviera, ya lo oprime
tremolante en las cúpulas de Roma.

¡Oh! si latiese bajo el mármol frío
un instante tu alma ¡qué sublime
grito, tu voz lanzara en el vacío!

II.

Acaso te amargó el último instante
la imagen de tu hijo predilecto;
y al morir, lo buscaste con efecto
para darle tu ósculo espirante.

Tambien él combatió de bravo infante;
á la bala enemiga fué directo,
y henchido por la patria en sacro afecto,
aun herido, luchaba fulgurante.

Él tambien hoy entre la gente muda,
muestra sus cicatrices altanero
al descubrir su frente, y te saluda.

Y la gloria es de entrambos ¡bella y fuerte
estirpe de héroes, tremenda al extranjero,
generosa en la vida y en la muerte!



Á DOS CRÍTICOS.

